

CLUB DEL MISTERIO

JOHN ROEBURT



EL BOXEADOR
Y SU SOMBRA

36



El Tigre desapareció cuando se encontraba en la cúspide de su carrera boxística. Nina Troy tenía buenas razones para tratar de averiguar qué había sido de él. Y fué a ver a Johnny Devereaux para pedirle que se encargara del asunto. Johnny, estrella de TV, ex policía, un hombre verdaderamente "duro", se dejó convencer con sospechosa facilidad. Y comenzó una búsqueda febril, donde los elementos de triunfo eran dos descripciones totalmente opuestas. ¿Doble personalidad? ¿Cuál se había esfumado?... ¿o a cuál habían asesinado? Johnny Devereaux nunca dejaba las casas a medio hacer, inclusive cuando ello implicaba recurrir a la violencia. Por fin encontró la desconcertante solución.

ORDEN DE APARICIÓN *de los personajes*

Johnny Devereaux, *polizone y actor, ama a su profesión, pero detesta representarla* (pág. 7)

Julián, *el escenógrafo, un muchacho diferente* (pág. 8)

Sam Solowey, *no del todo tonto, un detective con cara de luna* (pág. 10)

Nina Troy, *la encantadora y dulce actriz que sólo busca al padre de su hijo* (pág. 11)

Barry, *el hijo a quien le buscan el padre* (pág. 17)

El Hombre Tigre, o Rocky Star, o Peter Black, o Rocco Starziani, *el enigmático campeón que se pierde de vista* (pág. 19)

Brett Carter, *comentarista deportivo, dinámico periodista del "mito venerable"* (pág. 20).

Hobie Grimes, *el entrenador "intelectual"* (pág. 35)

Max Toller, *chófer de taxi, paga el alquiler de un extraño templo* (pág. 47)

Aune Aho, *la sirvienta escandinava. Señas particulares: una verruga en la nariz* (pág. 47)

Aldo Starziani, *el "hermanito". ¡Ojo!, está ocultando la verdad detrás de su linda cara* (pág. 47)

Onofrio Starziani, *inválido, padre del boxeador*
(pág. 50)

Kid Coogan, *uno que no imaginó para qué usarían*
su cadáver (pág. 73)

Damon Marco, *aficionado a ser titiritero de la gente*
(pág. 73)

Mamie Regan *era la esposa de Kid Coogan. Ahora*
viste overol en una estación de servicio (pág.
73)

Lou "La Foca" Coogan, *adicto a las drogas... y a la*
pistola (pág. 88)

Capitán Anders, *buscador de cadáveres en pantanos*
(pág. 139)

Doctor Kingdom, *con, pellejos y pelos hace una*
historia clínica de cualquier muerto (pág.
144)

CAPÍTULO PRIMERO

Cayó un pesado manto de silencio, y entonces la lamparilla roja parpadeó en el gran reloj del estudio. Eran las ocho de la noche, la hora del espectáculo, y todo el complejo equipo de hombres y aparatos se puso en funcionamiento.

La cámara número uno enfocó una imagen mediana de Johnny Devereaux. Obedeciendo una indicación del director, un joven cuyo músculo del cuello sufría contracciones espasmódicas habló por un micrófono. Su anuncio de apertura fué *frío*; no hubo fondo musical. Sus palabras fueron reproducidas en la pantalla monitora por medio de un texto escrito. El joven dijo:

—¡El teatro estelar de televisión presenta Impacto, una auténtica serie policial tomada de archivos confidenciales!

Un hombre que tenía un brote de barba gris bajo el mentón hizo una seña con el dedo en dirección a su galaxia, y hubo un acorde musical. Era la característica, el conjunto de melodías que se había convertido en el sello personal de ese espectáculo de televisión. El joven del músculo con contracciones espasmódicas dijo:

—Y ahora, ¡aquí está vuestro anfitrión, el recio policía Johnny Devereaux!

El rostro de Johnny Devereaux apareció en la pantalla monitora, y simultáneamente también en aproximadamente veintidós millones de pantallas norteamericanas, según los cálculos de la última encuesta pública.

El anfitrión usaba una camisa azul oscuro para asegurar una imagen más nítida, una armonía más sutil con la luz fo-

tográfica. En su frente y sus mejillas opacas había una espesa capa de polvo, y sobre el polvo aparecían gotas redondas de sudor, parecidas a ágatas de luz. Estaba sentado frente a un escritorio, en un decorado que sugería una lujosa oficina, quizá efectivamente la suya propia. Sobre el mueble se destacaba una estatuilla de terracota de un bailarín en el momento de saltar. Este *objet d'art*, que desorientaba un poco al personal del estudio y a Johnny Devereaux, marcaba la diferencia entre el escenógrafo, Julián, y otros hombres. En el fondo había hileras de libros, todos policiales: el archivo de este espectáculo casi documental. Los estantes eran de madera terciada y no de cartón prensado, como en la mayoría de los casos. Era un decorado fijo que debía ser usado todas las semanas. El espectáculo era popular, incluso sensacional, y había felices indicios de que superaría en duración a todos los otros.

El anfitrión se acercó a un estante y tomó un libro. Se movía torpemente, como alguien ajeno a sus propios pies, y estaba muy nervioso por las marcas de tiza del piso. Al volver se salteó una de esas marcas, y momentáneamente la mitad de su persona quedó fuera de foco. Fijó una sonrisa en su boca mientras su frente se arrugaba en una tempestuosa concentración. Cuando habló lo hizo de memoria, de manera mecánica y forzada, desprovista por completo del tono de sinceridad y la melosidad característicos del relator nato. A ratos, durante la narración de apenas ochenta palabras que prologaba la historia de sangre, codicia y Furias de esa noche, Devereaux hizo una pausa, balbuceando, y sus ojos consultaron frenéticamente al gigantesco libreto reproducido en los letreros colocados fuera del foco.

Una vez terminado el prólogo había un cambio de escena, y la cámara número dos llenaba la pantalla con un enfoque a media distancia de un hombre de prodigiosa amabilidad. En su mano sostenía un frasco. Tenía los ojos encendidos y su voz era ferviente; durante sesenta segun-

dos la escena se convertía en un tabernáculo y el calmante que él tenía en la mano era el Remedio Divino para cualquiera y para todos los sufrimientos y dolores.

Terminada la cortesía, se desarrollaba el drama. Era una historia amarga, parcialmente auténtica, pero tomada en su mayor parte del archivo imaginario del libretista. La trama era una ensalada de raterías y seres insignificantes, y de pequeños delitos que impulsaban inexorablemente al culpable hacia los más terribles de todos los crímenes. El relato terminaba con una sorpresa irónica, al estilo de O. Henry. Después de un adecuado telón musical tomado de la suite de *Peer Gynt*, Johnny Devereaux volvía a la pantalla para hacer un comentario didáctico que puntualizaba la moraleja de ésta y todas las otras historias: *El que la hace la paga*. Terminado esto, volvía el hombre de la prodigiosa amabilidad, aún más rozagante que antes, y hacía gala de una consideración aún mayor por los males ajenos.

Una lamparita roja no tardaba en marcar la media hora en el gran reloj. Ahora el espectáculo entraba en el limbo: era un cadáver listo para ser sometido a una disección crítica por los agentes de publicidad. Una ola de peones y electricistas se desparramaba por el estudio, para dismantelar los decorados y para inventariar y guardar sus piezas. Los actores volvían de prisa a los camarines. En la sala de control el cansado equipo técnico y el director se movían como sonámbulos, como hombres para quienes la creación es algo emparentado con una pesadilla. En la última fila de las butacas para invitados, dos encargados de cuentas publicitarias se miraron significativamente, con la expresión crítica de los espías.

Un invitado, que parecía ajeno a todo aquello, volvió a calzarse los zapatos mientras gruñía en su sillón. Tenía un pie indecorosamente levantado, y un dedo gordo enorme se asomaba por un agujero de la media. Aquel hombre tenía cara de luna, y finos y largos mechones de pelo blanco

que atravesaban un cráneo calvo y lustroso y se apretaban sobre su nuca. Era Sam Solowey, de la Agencia de Detectives Solowey. Y su expresión indicaba que era un Solowey muy divertido, un indulgente hombre maduro que había dedicado treinta minutos a las payasadas de los niños.

Cuando tuvo los pies nuevamente calzados, Solowey se encaminó hacia la escalera metálica de caracol que conducía al piso inferior del estudio y al camarín de Devereaux. Pero antes de iniciar el empinado descenso cambió de idea. Podía tolerar a Devereaux el Polizonte, el Polizonte Recio. Pero Devereaux el actor, el colérico actor que pafaba prisionero del maquillaje grasiento, la ficción y las panaceas, era insoportable. Una hora con ese nuevo Devereaux bastaba para aniquilar a cualquiera.

Solowey se encaminó apresuradamente hacia el ascensor.

Ella estaba a su lado, atravesando el ancho salón, esquivando a la multitud, siguiendo el ritmo de los largos pasos de él. En el laberinto donde estaban los camarines sintió que los dedos de ella se clavaban en su brazo y penetraban ansiosamente en su carne. Devereaux no necesitó adivinar su mensaje: *Auxilio*. Los dedos gritaban pidiendo auxilio. Durante las dieciséis semanas que duraba ya la serie del *Archivo del Delito*, la actriz había estado tratando de conseguir los servicios de Devereaux como policía.

Era una llamativa mujer mundana, encorsetada, de busto prominente y mal proporcionada. Pero no era más que una ilusión de escena, consecuencia del maquillaje propio del papel que acababa de representar y que todavía no se había quitado. Nina Troy era una dama con figura de gran equilibrio femenino, de treinta años, más o menos, con ese atractivo casto que impulsa a los hombres al egotismo y a la exhibición. Devereaux lo sabía; muchas veces había observado a Nina Troy rodeada de Casanovas,

en el Salón de Artistas y en los cafés de la farándula. Y la había imaginado para él sólo, en su rincón solitario, con un cóctel y una conversación humorística. Pero cuando ella lo miraba no había humorismo en sus ojos, ni prometía nunca los momentos de serenidad y la despreocupada conversación habitual entre colegas. Siempre esa ansiosa necesidad de él, los dedos clavados en su brazo. Se dijo coléricamente que para Nina Troy era siempre Devereaux el policía. Un autómatas sin rostro, una insignia policial y una leyenda.

Retiró su brazo, bruscamente, y entonces se detuvo para mirarla, mientras aferraba el picaporte de la puerta de su camarín. Le pareció un espectro detrás del maquillaje brillante; vió la constricción de su garganta, los infiernos oscuros de sus ojos. La miró fría y largamente, y el mundo se detuvo con un chirrido. Él retrocedía en el tiempo, hacia una época que era apenas ayer. El rostro vuelto hacia él, y los ojos implorantes, pertenecían a otra persona. Era un rostro más joven, sensitivo y de rasgos incomparables. El rostro de Jennifer Phillips.

Había empezado así, igual que ahora, y la tumba estaba todavía en su corazón. La muchacha y el llamado. *Ayúdeme, Johnny Devereaux; usted, sólo usted*. Sólo Johnny Devereaux, el polizonte rudo, el gran personaje de leyenda.

Devereaux apretó fuertemente los labios. La reminiscencia lo trastornaba, lo hacía sentirse enfermo. ¡Gran Personaje de Leyenda! La leyenda de sus veinte años de polizonte eran su trampa. Era víctima de su propia leyenda. La belleza palpitante de Jennifer Phillips, su llamado y su semblante franco, y debajo de eso, detrás de eso, el cáncer que la corroía, que la convertía en algo grosero y falso, y asesino. Sus emociones y su corazón habían quedado atrapados en la red. Pero al final, en el momento de la re-

velación, él había seguido siendo un polizonte, un polizonte rudo. Había sobrevivido a su propia muerte, a esa muerte que había sido más de una y había seguido siendo un polizonte. Le había vuelto la espalda a Jennifer Phillips y se había marchado. La había dejado erguida sobre el borde del mundo y se había marchado.

Dieciséis pisos hasta la calle, y una verja de hierros terminados en punta en el Pozo. *La veo ahora, con los ojos de mi mente. La veo ensartada en los hierros terminados en punta.*

Devereaux entrecerró los ojos. Era una situación que se repetía, dolorosamente recordada. Polizonte Recio y Caballero, el macho congénito agradecido por el contacto de los dedos femeninos, que preparaba su propia corona de espinas. Podía volver a ocurrirle a un solterón solitario y cuarentón, a un hombre con glándulas y músculos, y sin embargo vacío de amor, célibe. La sensación de su carne podía hacerle cerrar los ojos. Podría ser usado como hombre fuerte, pero podían engañarlo. Podían decirle verdades a medias que disimulaban los motivos, utilizarlo y burlarse luego. Para él las mujeres eran enigmas, y sus puntos de vista y sus realidades se le escapaban. Para él eran un ideal, quizás en grado excesivo. No podía verlas finalmente sólo como seres humanos, contaminados por el pecado, y la locura, y la debilidad.

La imagen de Nina Troy, limpia y vestida con sus propias ropas, tomada del brazo de un acompañante en los salones y en los cafés, volvió a flotar ante él. Esbelta, con un cuerpo que había encontrado su auténtica sazón, y con una suave curva en los labios, Devereaux asintió para sus adentros. Podían volver a tomarlo por un incauto. La situación era igual a la anterior, y en el peor de los casos el final podría ser también el mismo. El temor lo hizo temblar. Se preguntó dónde estaban la sabiduría y el discernimiento y

la levadura de la experiencia cuando un hombre tomaba en cuenta sólo una cara, una figura, y su propia melancolía.

Abrió la puerta de su camarín, y miró a Nina Troy durante un instante solemne. Luego una lenta sonrisa juguetó en sus labios. Reflejaba algo menos que camaradería, pero entusiasmó a Nina Troy.

–Lamento inmensamente ser tan cargosa –dijo.

–Devereaux el polizonte –murmuró Devereaux–. Quizás durante todo este tiempo usted se equivocó de método, Nina.

Ella no lo entendió. Carecía de significado por sí mismo, y de todos modos su mente estaba aturdida por su propia carga.

–Una idea se apodera de uno –comentó ella–, y crece absurdamente.

–Su idea de que en todo el mundo yo soy la única persona indicada para que usted se lo cuente –respondió Devereaux con clarividencia.

–Sí –asintió ella–. Sólo usted. Eso me obsesionó. No he podido dejar de molestarlo, como lo he estado haciendo –su mirada le pareció sincera a Devereaux–. Es algo que usted irradia, señor Devereaux. No, señor Devereaux no. Johnny. Una fuerza, una certidumbre.

–Yo tengo la solución del enigma del Universo.

Ella no percibió la ironía de su frase.

–No pude dejar de acorralarlo esta noche de esa manera tan desvergonzada. Traté de contenerme, pero fué imposible. Mi temor... ¡estoy tan asustada!

–Ahora no. Aquí no –dijo Devereaux–. Empecemos por quitarnos el maquillaje –sonrió–. Con el aspecto que tenemos me confundirá con la ficción. Especialmente con una actriz talentosa como usted.

Ella sonrió al oír aquello, y dijo vanidosamente:

–No me crea tonta. No soy siempre tan ridícula, tan impulsiva.

–Un cóctel y sandwiches, después que nos vistamos – manifestó Devereaux–. Conozco un rincón solitario. Lo tengo reservado.

Esto careció de significado para ella. Sus pensamientos se orientaban en un solo sentido, y corrían con una velocidad que ya fatigaba a Devereaux. La perspectiva para esa tarde era un torrente de palabras. Las palabras de *ella*, egocéntricas y quejumbrosas. Él no sería más que el instrumento, la acústica. Una triste historia contada a Devereaux, el polizonte. Devereaux, el hombre, seguiría en su rincón solitario, masticando su sandwich y sorbiendo su bebida, completamente solo.

La siguió con la mirada cuando ella se encaminó apresuradamente por el corredor hacia su camarín. En su marcha había gracia y poesía. ¿O acaso eso se debía sólo al hollín que se le había metido en el ojo?

Una vez dentro del cuarto, él hizo una mueca mientras miraba el espejo cuadrado rodeado de lamparitas eléctricas. La cara que le devolvió el espejo era un lodazal de polvo y sudor. Los ojos parecían anormalmente profundos y grandes, por efecto de las sombras pintadas para obtener un máximo de calidad fotográfica.

Devereaux se miró coléricamente. Sombra ocular y polvo, autocaricatura y oprobio público... por mil dólares semanales. Le desagradaba el trabajo; más aún, lo despreciaba. Pero el dinero lo retenía. Era el cuerno de la abundancia para un detective de primera, ya jubilado. Era un seguro contra el viento y la sequía y la vejez, y el sésamo ábrete de una vida que codiciaba. Libros, y viajes, arenas blancas e infinito. Y también la oportunidad, muchas veces postergada, en la que podría leer tranquilamente *La guerra y la paz* de Tolstoi. Era una idea absurda, pero resultaba el símbolo de su descontento. Había abandonado el libro a los veinte años, jurando que algún día iba a reanu-

dar su lectura. Entre ese momento y el presente se extendía un activo cuarto de siglo de investigaciones.

Devereaux suspiró y llenó sus dedos con crema de limpieza. Volvió a mirar su imagen, antes de aplicarse la crema y tuvo un instante de sadismo consigo mismo.

Sombra ocular y polvo, estaba pensando. Y una prístina soltería. ¿Cuánto más se necesitaba para completar su castración?

Lanzó el copo de crema contra su imagen, y miró cómo resbalaba por sus mejillas, hasta el mentón.

CAPÍTULO II

Devereaux estaba sentado en su rincón solitario. La conversación, en una embestida sin pausa, le producía las sensaciones de un latigazo. La oía, pero su mente funcionaba con demasiada lentitud. La oía, materialmente, pero con un tercer oído, con una inspección analítica de la conmoción.

Sustancialmente su historia parecía improbable, falsa, demasiado resbaladiza; una farsa hábilmente planeada por una excelente actriz. ¿O era acaso que él se dejaba vencer por su propio escepticismo omnipotente? Devereaux se lo preguntaba a sí mismo.

La miró. El maquillaje de escena había desaparecido y ella mostraba su propia cara. En los hoyuelos de las mejillas, en la piel limpia y tirante, en la frente ancha y en los grandes ojos había una belleza particular. El maquillaje de sociedad que él alcanzaba a ver no era mucho. Pintura labial, bastante tenue, un toque de polvo y nada más. Un tono austero, incluso para un detective al que le gustaba la naturalidad en las mujeres. A sus ojos ella resultaba descolorida. No había artificios faciales que pudiesen distraerlo en esta hora de ruido y trabajo. Incluso su vestido lo desconcertaba, desconcertaba a Devereaux el hombre: cuello severo, caída poco femenina y color triste. La había visto en otras oportunidades, en ese mismo café, en una decoración más vivaz.

—No se trata de mí —dijo ella—. Estoy preocupada por mi hijo. Se trata de él, de su futuro. De su orgullo y su dignidad, Johnny. ¡No quiero lastimarlo!

Era el sumario de toda su conversación, y, según su opinión, el meollo de toda ella. Esto último lo dijo con tono verosímil, con una dosificación correcta de la emoción. La madre que defendía la inocencia y el amparo de su hijo. Sufiré el golpe, ¡pero que no le toquen un pelo a mi pequeño!

Devereaux la estudió. Ahora sus ojos brillaban; el miedo había desaparecido. La boca y el mentón tenían una conformación vagamente cónica. Pero su autocaracterización adquirió una súbita solidez, y la imagen cautivó a Devereaux. Era la gran dama de bronce, la Madre de los Hijos, con un vientre y unos pechos inmensos y muslos gigantescos. Se erguía majestuosamente en un alto pedestal, muy por encima de la cabeza del Hombre, en un museo. En una nalga, como una marca, estaba grabado el nombre del escultor: Lachaise.

Ahora le había llegado a Devereaux el turno para hablar. Empezó cautelosamente, sólo con los puntos incidentales. Después llegaría al meollo del problema. Por el momento eso lo intimidaba, por su importancia y por el impacto que había hecho en él. Y también por su presagio.

—Respecto a su hijo —dijo el detective.

—Se llama Barry. Tiene cinco años. ¡Y es delicioso!

—¿Dónde está ahora? —preguntó Devereaux.

—Lejos. En un pensionado de Wilton, Connecticut —su tono era tenso; agregó—: Sé que el mejor lugar sería mi casa. A mi lado. Para sus necesidades, sus grandes necesidades. Pero es una buena escuela, la mejor. Una institución progresista, con maestras muy comprensivas.

—No es necesario que se justifique... —murmuró Devereaux sonriendo.

—Hay gastos, y yo trabajo para cubrirlos —continuó ella, mirándolo de frente, con los ojos secos—. Obras, ensayos... yo me muevo sobre patines. Trabajo en TV, y también tengo un papel en un folletín de radio. Si viviese con-